

Domingo XXIX Ordinario del ciclo A.

¿De qué forma debemos vivir nuestro cristianismo?

Hoy meditamos los versículos 15-21 del capítulo 22 del Evangelio de San Mateo, un texto que nos hace reflexionar sobre la medida en que debemos ocuparnos de trabajar en la viña del Señor, -orando, favoreciendo a nuestros prójimos, o realizando cualquier actividad pastoral-, y de nuestros asuntos familiares y personales. Es importante resolver esta cuestión, porque vivimos en un mundo en que nuestra entrega total a Dios puede verse como un acto fanático, cuando los cristianos, por voluntad de nuestro Padre común, debemos servir a nuestro Creador en nuestros prójimos los hombres, al mismo tiempo que nos ocupamos de nuestros asuntos familiares y personales.

¿Debemos ocuparnos primeramente de nuestros asuntos familiares y personales, para posteriormente dedicarnos al servicio de Dios, o debemos ocuparnos del servicio de Dios, antes de resolver nuestros problemas?

Si resolvemos nuestros problemas antes de servir al Señor, podemos sentirnos egoístas por retrasar nuestro trabajo en la Iglesia de Cristo, pero, especialmente quienes estamos casados, o quienes cuidan a sus padres u otros familiares enfermos, ¿cómo vamos a dedicarnos al servicio de Dios, sin atender a quienes viven bajo nuestro techo primeramente?

¿En qué medida podemos servir a Dios y a sus hijos los hombres y cumplir con nuestras obligaciones familiares y personales sin dejar de cumplir la voluntad del Dios Uno y Trino?

En la Biblia, leemos:

"Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza" (DT. 6, 5).

¿De qué forma debemos amar a Dios? La forma en que respondamos esta pregunta, o bien nos da a entender que somos fanáticos como creen muchos creyentes a medias y no creyentes, o bien demuestra que vivimos nuestro cristianismo en base al cumplimiento de la voluntad de Dios.

Hemos visto que Dios quiere ser el más trascendental de nuestros amores. ¿Sucedo esto porque el amor de Dios es tan acaparador con respecto a nosotros como ocurre en el caso de los celosos que asfixian a sus cónyuges? Ello no debe suceder, porque Jesús, nos dice en el siguiente texto joánico:

"Os doy un mandamiento nuevo: Amaos unos a otros; como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros" (JN. 13, 34).

Cuando Jesús nos pide que nos amemos unos a otros, dado que quiere que todos formemos parte de la familia de Dios, no solo hace referencia a quienes comparten

nuestro hogar, sino a toda la humanidad. Si Jesús, -el Hijo de Dios-, quiere que gastemos nuestro amor sirviéndonos unos a otros desinteresadamente, según las posibilidades que tengamos para realizar tan santo propósito, ello significa que el amor de Dios no es egoísta.

¿Debemos servir a nuestros familiares antes de servir a nuestros hermanos en la fe? Aunque todos los cristianos somos hermanos en la fe, y no debemos despreciar a quienes no comparten nuestras creencias a la hora de socorrerlos en sus necesidades, tenemos que cuidar, de una manera muy especial, a nuestros familiares, y a quienes tienen más dificultades para realizarse en este mundo, ora por sus enfermedades, ora por su situación económica. Dado que nos es imposible servir a todos los hombres al mismo tiempo, debemos actuar conforme a las prioridades más urgentes, las cuales se deducen al vislumbrar las necesidades de quienes requieren nuestros servicios.

Ya que Dios es Todopoderoso y sumamente perfecto, no nos es posible servirlo en su Persona porque no necesita nada de nosotros, por consiguiente, la única forma que tenemos de servir y agradecerle al Dios Uno y Trino todo lo que hace por nosotros, consiste en beneficiar a nuestros prójimos los hombres, en base a nuestras posibilidades actuales.

Teniendo en cuenta esta reflexión, podemos comprender el significado del Evangelio que meditamos este Domingo XXIX del tiempo Ordinario, un texto en que Jesús nos recuerda que, al mismo tiempo que realizamos nuestras actividades personales y familiares, debemos servir al Señor en nuestros prójimos los hombres, pues ello nos beneficia, porque repercute positivamente en nuestro crecimiento espiritual.

San Pablo les escribió a los cristianos de Corinto:

"En cambio, el casado ha de preocuparse de los asuntos del mundo y de cómo agradar a su mujer, teniendo así dividido el corazón (entre los asuntos concernientes a su vida personal y conyugal y el servicio a Dios en sus prójimos). Igualmente, la mujer sin marido y la mujer soltera están en situación de preocuparse por las cosas del Señor, dedicándose a él en su cuerpo y alma. La mujer casada, por su parte, se preocupa de las cosas de este mundo y de cómo agradar a su marido" (1 COR. 7, 33-34).

¿Significa el hecho de que el amor de Dios es el más importante de nuestros amores que despreciamos a nuestros familiares y a nuestros hermanos en la fe?

San Juan nos responde la pregunta que nos estamos planteando, en los siguientes términos:

"Si alguno viene diciendo: "Yo amo a Dios", pero al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no es capaz de amar al hermano, a quien ve?" (1 JN. 4, 20).

Sabemos que la unión de Dios Padre, de Jesucristo y del Espíritu Santo, es la Santísima Trinidad, que constituye el fundamento de nuestra fe cristiana. Dios es una comunidad familiar, y, por ello, no desea que vivamos aislados. Amar a Dios, no significa que despreciamos a nuestros familiares ni a nuestros hermanos de fe ni a los no creyentes, sino, al contrario, significa que estamos más dispuestos a servirlos y a orar por ellos, porque, tal como nos ha dado a entender San Juan en el texto de su primera Carta que hemos meditado, nuestro amor a Dios, se mide en base a la grandeza que caracteriza al amor que sentimos por nuestros prójimos los hombres, al mismo tiempo que, la grandeza del amor que sentimos por la humanidad, está inspirada en la grandeza del amor que sentimos por el Dios Uno y Trino.

Si el hecho de que amamos a Dios significa que el citado amor nos incita a amar más y mejor a nuestros prójimos los hombres, ¿Por qué estamos expuestos a tener serios problemas quienes no nos avergonzamos de la fe que profesamos?

Ello sucede porque podemos caer en el error de pensar que debemos odiar a quienes se nos oponen, independientemente de que lo hagan por su desconocimiento del Señor, o por la maldad con que actúan contra nosotros. No debemos odiar a nadie, y, precisamente porque nuestro amor a Dios nos insta a amar a nuestros prójimos los hombres, debemos convivir con los tales sin marginarlos por no compartir nuestra fe, cuidando, al mismo tiempo, que sus prácticas anticristianas no marquen nuestra vida. Esta es la razón por la que San Pablo les escribió a los cristianos de Corinto:

"Os decía en mi otra carta que nouviéseis trato con gente lujuriosa. Es claro que no hablaba en plural, de todos los lujuriosos de este mundo, como tampoco de todos los avaros, ladrones o idólatras; para evitar todo trato con esta gente tendríais que vivir en otro mundo. Lo que quería deciros en la carta es que no tengáis trato con quien presume de cristiano y es lujurioso, avaro, idólatra, calumniador, borracho o ladrón. Con alguien así, ¡ni sentarse a la mesa! No me corresponde a mí juzgar a quienes no forman parte de la Iglesia. Pero juzgar a quienes forman parte de ella, sí es cosa vuestra; que a los que están fuera ya los juzgará Dios. Así que eliminad el mal de entre vosotros" (1 COR. 5, 9-13).

San Pablo nos dice que nos distanciamos de quienes se dicen cristianos y son pecadores, hasta que los tales, añorando el amor de sus hermanos de fe, corrijan su conducta. Esta práctica sirve de poco en un tiempo en que las iglesias cada día están más vacías, es más, ayuda a vaciar nuestros templos, pero San Pablo nos habla de un caso de excomunión de un cristiano que fornicó con su madrastra, el cual fue recibido en la Iglesia apenas rectificó su conducta, como si nunca hubiese pecado, y toda la comunidad de Corinto se alegró de su reincorporación a la institución de Jesucristo.

Jesús nos enseña a odiar el pecado y a amar a los pecadores. Los cristianos debemos desechar el sentimiento de odio con respecto a las personas, pero no debemos dejar de cumplir la voluntad de nuestro Padre común. De la misma manera que un barco cuando se llena de agua se hunde, el cristiano que renuncia

al cumplimiento de la voluntad de Dios y no se arrepiente de ello, deja de ser hijo de Dios.

¿Cómo debemos vivir nuestro cristianismo?

Después de recordar que nuestro amor a Dios y a sus hijos los hombres pueden compatibilizarse perfectamente, concluyamos esta reflexión, recordando tres cosas que debemos hacer, para vivir como verdaderos cristianos.

Para vivir cumpliendo la voluntad de Dios, debemos leer incesantemente la Biblia y los documentos de la Iglesia. La Biblia contiene el mensaje que nos revela Dios a través de la misma y, los documentos de la Iglesia, nos interpretan la Palabra de Dios, de una forma apta, para que seamos buenos cristianos en nuestro tiempo.

Es cierto que no podemos memorizar todo lo que leemos, pero, cuanto más intensifiquemos nuestro tiempo de formación, sin percatarnos de ello, Dios nos irá purificando de nuestros defectos. Dios actúa lentamente en nosotros, es esta la causa por la que a veces no nos percatamos del fruto que producen nuestras formación y asistencia a las celebraciones litúrgicas.

Para comprobar lo que aprendemos durante nuestro tiempo de formación, debemos recurrir a la acción. Es fácil entender que Dios quiere que nos amemos, pero no siempre es fácil cumplir este deseo de nuestro Creador. La calidad de nuestras acciones, mide la bondad del fruto que recogemos durante los años que nos dedicamos a esforzarnos en crecer espiritualmente.

Nuestra formación cristiana carece de sentido, y nuestras acciones no están inspiradas en la fe que profesamos, si no le dedicamos tiempo a la oración. Muchos se empeñan en imponerse un determinado tiempo para orar, lo cual constituye un aprendizaje largo y penoso.

De la misma manera que muchos matrimonios, independientemente de la prisa que tenga el cónyuge que trabaja, se besan antes de despedirse, porque ello les gusta a ambos, más importante que el tiempo que le dedicamos a orar, es el amor con que nos dirigimos a Dios, a María Santísima y a los Santos. Oraremos más rato si no nos imponemos ningún límite de tiempo para ello, que si estamos mirando el reloj, o calculando mentalmente el tiempo que nos falta para quitarnos de encima la carga del compromiso de orar.

Os copio un breve fragmento de una carta que le escribí a una hermana en la fe.

"Si tienes dificultades para llevar a cabo algunas prácticas de oración y penitencia, en un principio, sustituye esas prácticas por otras que te sean más sencillas y agradables, pues esas otras prácticas aumentarán tu fe, y predispondrán tu corazón para hacer sacrificios y orar más fervorosamente en el futuro.

Para orar, tenemos que liberarnos de nuestras preocupaciones en la medida que nos sea posible, y relajarnos, para que se nos abran tanto la mente como el

corazón a los dones y virtudes que recibimos del Espíritu Santo.

Si sientes que Jesús te reprocha tus peticiones y que no le ofreces nada de valor, ello no sucede porque Jesús te rechaza, sino porque, a lo largo de tu vida, alguien puede haberte enseñado que tienes muy poco valor personal. Ten en cuenta que las peticiones que hacemos no tienen por qué proceder de corazones egoístas y aprovechados, sino de almas que se confían a su Creador, como estoy seguro que es tu caso, porque, el hecho de querer aprender a orar, es indicativo de la piedad que te caracteriza.

Verás que llega el día en que intentas orar cinco minutos, y, cuando miras el reloj, te das cuenta de que ha pasado media hora, y de que estás tan a gusto con el Señor, que sigues y sigues orando".

Concluyamos esta meditación, pidiéndole a nuestro Santo Padre, que nos inspire el deseo de ser santos.